

## La sociedad: Usos y costumbres

Entre las múltiples facetas de la vida social en Turquía, el médico Urdemalas no podía pasar por alto la higiene. Como todo viajero occidental, habla de los baños turcos. Busbecq había escrito que la asistencia masiva y habitual a los baños de Turquía daban lugar y ocasión de encuentros homosexuales entre los hombres, y heterosexuales entre las mujeres, que so pretexto de acudir a ellos aprovechaban para entrar en las casas de sus amantes. La información pronto hizo de los baños turcos un fenómeno atrayente a la curiosidad de los europeos. Pero Urdemalas se desinteresa de los aspectos más exóticos para centrarse en los sanitarios. Su fascinación por los baños da pie a una discusión sobre la higiene con el acostumbrado contraste hispano-turco:

PEDRO.— Yo mesmo lo hazía cada quinze días, y hallábame muy bien de salud y limpieza, que acá hay gran falta. Una de las cosas que más nos motejan los turcos, y con razón, es de sucios, que no hay hombre ni mujer en España que se labe dos vezes de como nasce hasta que muere.

JUAN.— Es cosa dañosa y a muchos se ha visto hazerles mal.

PEDRO.— Eso es por no tener costumbre; mas decidles que lo usen, y veréis que no les ofenderá. (p. 489)

Esta es idéntica perspectiva a la de Belon, que llama a los turcos, «les plus nettes gens du monde» y describe con admiración la frecuencia con que toda la gente asiste a ellos, todo en fin «moult dissemblable à la façon de France». <sup>43</sup> Por contra un Nicolai sólo sabe ver necedad en esta práctica, cuyo origen, dice, es un malentendido del precepto mahometano de acudir a la mezquita, «these brutish Barbarians esteeming of the outward washing, and not that which inwardly toucheth the soule». <sup>44</sup>

Conocemos ya la favorable opinión de Urdemalas sobre los alimentos y la nutrición en general de los turcos. El médico Urdemalas dedica casi veinte páginas (467-84) a la dieta y alimentación de los turcos, manteniendo siempre su posición de imparcialidad. Su descripción del yogurt, alimento desconocido en la España de entonces, provoca poco entusiasmo en Mata: «Ello es una gran porquería» (p. 483), dice, extrañado de que esas «bestias» gusten de un producto agrio. La rectificación no se hace esperar: «Aquello es mejor que sabe mejor: a él le sabe bien lo agrio, y a vos lo dulce» (p. 483), puntualiza Urdemalas, añadiendo que en su opinión «çierto os digo que cuando haze calor que es una buena comida» (p. 483). Otro tanto puede decirse de sus atuendos. La ropa en Turquía es barata, de buena calidad y los vestidos —iguales para hombre y para mujer— resultan muy cómodos, ideas que también comparten Busbecq y Belon. <sup>45</sup> Urdemalas se esfuerza en explicar la coherencia de las formas de vestir con los hábitos de la población. El turbante es para Votoadiós una pesada «albardería». Pero la perspectiva hipocrática de Urdemalas se encarga nuevamente de contradecirle:

El uso haze maestros; enseña hablar las picazas; caba las piedras con el uso la gotera. Súfrello

<sup>43</sup> Cit. por C. D. Rouillard, p. 318.

<sup>44</sup> Navigations, p. 59.

<sup>45</sup> Busbecq se muestra decididamente favorable a la manera de vestir turca, que considera más honesta y elegante (Rouillard, p. 304). Belon admira la calidad de la confección en Turquía: «quelque ourage qu'ilz facent, est si bien fait qu'on ne scauroit que redire» (Observations, p. 451).

la tierra por ser muy húmeda, y sírbeles en la guerra de guardarles las cabezas, que no es más cortar allí que en una saca de lana. (p. 450. Corrijo la puntuación original.)

Las calzas son en su parte inferior de cordobán muy fino por la exigencia religiosa de llevar los pies limpios; otras modas como la de herrar el calzado obedecen simplemente a un gusto que dicta la costumbre, pero que no por ello debe criticarse. A los españoles les extraña el ruido del claqué constante de los zapatos pero, razona Urdemalas, «¿qué se les da a ellos? Si acá se usase que todos sonasen por las calles como se usa el no sonar, nadie se maravillaría» (p. 447). Respecto al tocado, Urdemalas piensa que hay ciertos hábitos necios entre los eclesiásticos (p. 449), pero alaba en cambio el tocado de las mujeres (p. 450). Las inevitables comparaciones con los usos de España van nuevamente en desdoro de ésta. En ésta, piensa Urdemalas se ha abandonado la comodidad en el vestir por la insufrible vanagloria de las modas cambiantes, un fenómeno desconocido en Turquía. Urdemalas y Votoadiós coinciden en esa apreciación. Aquél dice: «No traen esa burlería de calzas con agujetas que parescen tamboriles, como nosotros, sino zaragüelles muy delicados como la camisa» (p. 445); y este último comenta: «Deben de ser muy amigos de andarse a su plazer sin andar enjarrotados como estos nuestros cortesanos» (p. 447).

Otro tema de elogio a la sociedad turca lo constituye el papel que en ella desempeña la mujer. Conviene recordar que todo el occidente creía por aquel tiempo en la inferioridad biológica de la mujer. Pero, aunque considerada como ser de razón limitada, la mujer era sin embargo el objeto central de un culto masculino a su belleza expresado en formas artísticas y sociales. En Turquía no existía esta dualidad, quedando la mujer relegada a sus labores domésticas y sin participar activamente en la educación de la familia o el uso del patrimonio. El resultado era un orden familiar y social superior al de occidente, según Urdemalas, que lo celebra en estos términos:

En sola una cosa biben los turcos en razón y es ésta: que no estiman las mugeres ni hazen más caso dellas que de los asadores, cuchares y cazos que tienen colgados de la espetera; en ninguna cosa tienen voto, ni admiten consejo suyo. Destos ruidos, cuchilladas y muertes que por ellas hay acá cada día están bien seguros. (p. 438)<sup>46</sup>

Entre las características negativas que Occidente atribuyó a los turcos de la época sobresalen dos: la homosexualidad y la crueldad. Ambas, claro, tienen cabida en el *Viaje*. Urdemalas se refiere en varias ocasiones a la generalidad de las prácticas homosexuales en Turquía donde se dan a todos los niveles sociales y nadie las tiene en desprecio. Esto hace que actitudes ligadas al sentimiento amoroso, como los celos, existan allá de la misma manera que en España, sólo que entre miembros del mismo sexo. Urdemalas señala por ejemplo que los eunucos del abencerraje no pueden

salir ni asomarse a ventana más que las mugeres; porque son çelosos, y como creo que os dixé otra vez ayer, todos, desde el mayor al menor, quantos turcos hay son buxarrones, y quando

<sup>46</sup> Sobre el papel de la mujer en la sociedad del siglo XVI, cf. Stevie Davies, *Renaissance Concepts of Man* (Manchester, Manchester Univ. 1978), pp. 24 ss. También Belon aprueba la administración de la casa por parte del hombre (Observations, p. 409). Estudios más recientes han probado sin embargo que, dentro de ese nivel de inferioridad legal, la mujer tenía más derechos de los que se venía pensando. Cf. S. Shaw, p. 159.

yo estaba en la cámara de Çinán Baxá los vía los muchachos entre sí que lo deprendían con tiempo, y los mayores festejaban a los menores (p. 418)

No puede decirse ciertamente que el autor del *Viaje* aplauda esta costumbre. Pero es de subrayar que cuantas veces se menciona en el texto aparece más en tono descriptivo que condenatorio. El hecho de que los jenízaros sean bujarrones no merma un punto su disciplina ejemplar, y aún quizá la refuerza, dado que no necesitan llevar en campaña los grupos de prostitutas que suelen acompañar a los ejércitos cristianos (p. 421). De ese modo una actitud tan neutral como ésta debe considerarse un elogio a la vista de los insultos y vilipendios con que los europeos de la época regalan a los turcos por su condición de homosexuales. Un Ordóñez de Ceballos lo denuncia típicamente así: «Los turcos son valerosos celadores de su ley, pero de perversas costumbres, porque son soberbios, ambiciosos, jactanciosos, envidiosos, avarientos, comedores, y, *sobre todo*, muy malos en el pecado nefando.»<sup>47</sup>

La crueldad de los turcos no es problema exclusivo; aquí, al revés de la homosexualidad, los cristianos han hecho sus aportaciones sonadas. Europa denunciaba que tras la batalla de Mohac varios miles de prisioneros húngaros fueron decapitados para que sus cabezas decoraran la explanada sita frente al trono del sultán.<sup>48</sup> ¿Pero qué decir de acciones como la de Túnez donde, tras la derrota de Barbarroja, las tropas imperiales al mando del mismo Carlos V masacraron a treinta mil inocentes?<sup>49</sup> El autor sin embargo critica imparcialmente la severidad de ciertos castigos inusuales en Occidente, tales como el empalamiento, que provoca una dolorosa e *inacabable* agonía de la víctima, y la crucifixión, aborrecida obviamente en la cristiandad, con que Sinán castiga a cierto cautivo húngaro que había dirigido una rebelión (p. 240).<sup>50</sup> La misma imparcialidad guía no obstante al autor a condenar sin paliativos la crueldad de los cristianos cautivos, que en cuanto son nombrados guardianes de sus compañeros se comportan «peor mill veces que los turcos, y más crueles son para ellos; tráenlos quando trabajan ni más ni menos que los aguadores los asnos» (p. 163). Y si las galeras turcas dan lugar y ocasión a toda clase de maltrato y humillaciones, Urdemalas sabe también ver la mota en el propio ojo:

MATA.— A mí me parece que ser esclavo acá es como allá, y ansí son de una manera las galeras, aunque todavía querría yo más remar en las nuestras que en las otras.

PEDRO.— Estáis muy engañado; por mejor ternía yo estar entre turcos quatro años que en éstas uno. (p. 184)

Ningún rasgo hay entonces del vivir turco que merezca una condenación absoluta de nuestro autor —no existe un pecado nacional. En cambio Urdemalas se refiere a una constante en el comportamiento de los españoles digna de la mayor reprobación. En el *Viaje* hallamos una de las más tempranas referencias al ansia de nobleza que hace del español un ser particularmente soberbio:

<sup>47</sup> Cit. por Miguel Herrero García, *Ideas*, p. 544. Cf. también A. M<sup>os</sup>. Les Turcs, I, 334 y 565.

<sup>48</sup> L. Lamouche, *Histoire*, p. 96.

<sup>49</sup> Lord Eversley, *The Turkish Empire*, pp. 124-5.

<sup>50</sup> Irónicamente, aunque los viajeros occidentales criticaran la crueldad de ciertos castigos, en general aprobaban la dureza con que en Turquía se castigaba a los delincuentes (Rouillard, p. 305).